

oidos y, al simplificarse este arte complicado de los siglos XIV y XV, engendrará la música moderna; pero aquel período de labor penosa había sido necesario. Por otra parte, no todos aquellos «gramáticos de la música» han carecido de inspiración.

En el siglo XV hubo un músico de genio, Juan Van Ockeghen, nacido en 1430, que en 1444 era niño de coro de la catedral de Amberes, desde donde pasó a la capilla del duque de Borbón y hacia 1452 a la del rey de Francia. Comenzó a componer desde muy joven y en seguida se hizo muy célebre. Carlos VII le dió la lucrativa prebenda de la tesorería de Saint-Martin de Tours, sin por esto separarse de él; Luis XI y Carlos VII le colmaron de honores y Ockeghen fué durante más de cuarenta años «maestro de la capilla de canto del rey.» Veinte misas, ocho motetes, diez y nueve canciones francesas y varias piezas figuran en el catálogo, probablemente incompleto, de su obra. Fué Ockeghen un contrapuntista de primera fuerza, como lo prueba el hecho de haber escrito un motete para *treinta y seis voces diferentes*, y además un músico inspirado: las obras de este «primitivo», que en nuestros días se ejecutan á veces en Alemania y en Bélgica, excitan allí viva admiración.

Ockeghen, Gilles Binchois, Dufay y los demás compositores famosos del tiempo de Carlos VI y de Carlos VII, procedían de los Estados de los duques de Borgoña ó vivían en la corte de éstos. En Flandes estaban las grandes escuelas de música y á ellas acudían los franceses para aprender canto y composición. No puede hablarse en el siglo VX de una escuela de música francesa; lo que había era una escuela de música franco-flamenca (1).

De suerte que por el impulso adquirido y gracias á las costumbres de lujo que tantas calamidades no habían podido destruir, las artes no habían perecido en Francia con la guerra de Cien Años, como no perecieron la literatura ni la afición á la ciencia. Pero los ingleses y los desolladores, al no respetar más que á las Flandes, habían asegurado la hegemonía de la escuela flamenco-borgoñona en casi todas las artes. Por otra parte, aun á fines del reinado de Carlos VII, gracias al venturoso bienestar de que gozaban las Flandes y á la generosidad sin par de la protección ducal, los Estados de Felipe el Bueno, y sobre todo sus dominios del Norte, semi franceses, semi-imperiales, continuaron siendo la patria de elección de los literatos y de los artistas. Al duque de Borgoña dedica Martín Lefranc su *Champion des dames*; Antonio de La Sale es su primer maestresala y para él trabajan los más gloriosos artistas del Norte, excepción hecha de Fouquet, y aun éste siente en cierto modo la influencia de las doctrinas estéticas de la escuela flamenca. El esplendor de las letras y de las artes á mediados del siglo XV es un signo de la vitalidad de Fran-

(1) A. W. Ambros, *Geschichte der Musik*, tomo II, 1864. Miguel Brenet, *Jean de Ockeghem*, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», tomo XX, 1893. Ant. Thomas, *Le Maître de chapelle de Charles VII*, «Revue d'Histoire et de Critique musicale», 1901. Respecto del estado actual de la «filología musical» véase Combarieu, *La musique au moyen âge*, «Revue de Synthèse historique», 1900, y Pedro Aubry, *La musicologie médiévale*, 1900.

cia; pero es sobre todo un testimonio de la fuerza y de la grandeza del Estado borgoñón. Se acerca, sin embargo, el día en que la realeza va á destruir á esa potencia rival y á preparar en su exclusivo provecho la unidad moral é intelectual como la unidad política de Francia.

## CAPÍTULO V

### LOS ÓRGANOS DE LA REALEZA (2)

I. El rey y la corte. El Gran Consejo.—II. El Parlamento de París.—III. Los órganos de la realeza en las provincias

#### I. El rey y la corte. El Gran Consejo (3)

En el gran drama de la liberación y de la restauración de Francia en el siglo XV, el pueblo representa durante mucho tiempo el papel principal. En los primeros actos apenas se ha mostrado la persona del rey, juguete inerte del destino, sombra miserable; en los últimos se ha mantenido velada, borrosa. Es verdad que desde el tratado de Arrás y la reconquista de París Carlos VII ha recobrado cierta confianza, ordenando el empleo de su tiempo, trabajando puntualmente con sus consejeros y decidiendo presentarse en algunas expediciones al frente de su ejército; pero todavía pasa largos meses de ocio en sus castillos del Loira, en donde permanece escondido, inaccesible, en medio de sus favoritos y muy pronto también de sus favoritas. En 1442 muere su imperiosa suegra, la reina Yolanda, y no logrando su esposa, la débil María de Anjou, retenerle, aquel rey casto y piadoso conviértese en un libertino.

Terminada la tregua de 1444, Carlos VII, durante la expedición que condujo á Lorena, residió por espacio de muchos meses en Nancy, en donde por vez primera suntuosas fiestas agruparon á su alrededor una brillante nobleza. En aquella sociedad de lujo y de placeres apareció Inés Sorel, hija del señor de Coudún, mujer hermosísima, á quien Carlos VII amó apasionadamente. Hasta entonces los amores de los reyes de Francia no se ostentaban públicamente; pero Inés inauguró la serie de las grandes favoritas, viéndose colmada de presentes, de pensiones, de tierras. De costumbres muy libres,

(2) FUENTES.—Para las instituciones del reinado de Carlos VII en general: *Ordonnances des rois de France*, tomos XIII y XIV. M. de Beaucourt no ha publicado todavía más que dos pequeños extractos de su *Catalogue des actes de Charles VII*.

OBRAS DE CONSULTA.—El *Etude sur le gouvernement de Charles VII*, de Danzin, 1856, y la *Mémoire sur les institutions de Charles VII*, de Vallet de Viriville («Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», 1872) son anticuados. La *Histoire de Charles VII*, de Du Fresnoy de Beaucourt, es útil; pero se hace indispensable recurrir á las obras especiales que enumeraremos.

(3) OBROS DE CONSULTA.—Trabajos de Vallet de Viriville sobre Inés Sorel: «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», 3.<sup>a</sup> serie, tomo I; «Revue de Paris», tomo XXVIII, 1855; «Comptes-rendus de l'Académie des Sciences morales», 1856. (N. B. Las cartas de Inés Sorel, citadas por Vallet, son apócrifas.) Noel Valois, *Le Conseil du roi aux XIV<sup>e</sup>, XV<sup>e</sup> et XVI<sup>e</sup> siècles*, 1888. Vallet de Viriville, *Charles VII et ses conseillers*, 1859. Respecto de Jacobo Coeur, obras de P. Clement y L. Guiraud citadas anteriormente en la página 680. C. Favre, *Notice sur Jean de Bucil* que sirve de introducción al *Jouvenel*, edición de la «Société de l'Histoire de France.» R. Ferry, *Jean et Gaspard Bureau*, «Positions des Mémoires présentés à la Faculté des Lettres de Paris», 1898.

aquella dama desmoralizó al rey y la corte se llenó de «hombres ó mujeres difamados.»

Inés murió en 9 de febrero de 1450 de sobrepeso, cuando ya había dado al rey cuatro hijas. Su prima, Antonieta de Maignelais, la substituyó y fué la favorita titular hasta el fin del reinado; el rey la hizo casar con uno de sus favoritos, Andrés de Villequier, el cual aceptó alegremente una vergüenza espléndidamente pagada. Los últimos años de Carlos VII, envejecido, achacoso y melancólico, fueron un período de crápula. «Dondequiera que iba el rey, dice Tomás Bassin, había de seguirle una multitud de mujeres, con un lujo y un aparato de reinas,» figurando en el serrallo Marión la obrera y Alisón la lavandera. El embajador milanés Camulio escribía: «El rey de Francia está completamente entregado á las mujeres.»

La influencia política que ejercieron Inés y Antonieta no puede ser discutida (1). Gracias á Inés Sorel, un hidalgo de modesta alcurnia, aunque eminente y valeroso, Pedro de Brezé, llegó á ser favorito de Carlos VII. Puesto de acuerdo con los condes de Foix y de Tancarville, consiguió eliminar ó poco menos á los angevinos, hacia la época en que el rey tomó por querida á la hija del señor de Coudún, lo cual no fué simple coincidencia, sino que, según parece, las intrigas de Brezé no fueron extrañas al advenimiento de Inés, de quien se valió luego para dominar al monarca. Renato de Anjou se retiró á sus dominios; el duque de Calabria, su hijo, fué á gobernar la Lorena; y el mismo Carlos de Anjou, después de gozar durante diez años del favor real, dejó de asistir con regularidad á las sesiones del Consejo.

Esta nueva revolución de palacio no tuvo las consecuencias nefastas que se podía temer, puesto que hasta fines del reinado la preponderancia en el consejo real, es decir, en el gobierno, correspondió á hombres hábiles y llenos de abnegación. Figuraban en aquél, en primer término, obispos y señores que habían dado grandes pruebas de fidelidad á la monarquía, y de los cuales el más respetado era Dunois, capitán ilustre y orador elocuente, «señor frío y templado, uno de los buenos hablantes franceses que había en la lengua de Francia,» dice Juan Chartier. El conde de Foix, Bueil, Richemont, algunos nobles de menos elevada alcurnia, como Raúl de Gaucourt y Juan de Estouteville, los obispos de Poitiers, de Coutances y de Angulema, asistían con frecuencia al Consejo. Brezé desempeñaba un papel oficial menos aparente tal vez; esto no obstante, hasta la muerte de Carlos VII fué uno de los que mejor sabían «manejar al rey.»

Pero estos grandes personajes no eran ni los más numerosos ni los más asiduos consejeros de Carlos VII; los que prepararon y redactaron las ordenanzas del reino fueron los «burgueses» del Consejo. Esta tradición antiquísima de la realeza, de buscar apoyo y consejo entre los legistas y los poseedores de empleos, había sido interrumpida por el gobierno de los señores de

(1) Mme. de Villequier era mencionada en las instrucciones que se daban á los embajadores extranjeros que iban á la corte de Carlos VII. La tradición según la cual Inés Sorel incitó al rey á que tomara parte personalmente en la conquista de Normandía, está confirmada por un pasaje del *Jouvencel*, en donde la alusión es transparente.

las flores de lis en tiempo de Carlos VI y por el gobierno de los favoritos en los comienzos del reinado de Carlos VII y se había reanudado después de la caída de La Tremoille, y sobre todo durante la tregua con Inglaterra habían aumentado continuamente el número y la autoridad de los consejeros plebeyos.

Estos consejeros plebeyos son, ciertamente, ennoblecidos ó pretenden tener un origen ilustre, mas no por ello dejan de ser «de pequeña descendencia.» Bien lo sabé el pueblo que á veces se burla de la vanidad de estos advenedizos: una hermana del hospital que cuida á la esposa de Juan Bureau, «dice á la camarera noradriza y á los clérigos, que Anita, madre de dicho maese Juan, no ha sido siempre tan gran señora, sino que ha llevado á sus hijos sobre la cabeza cuando iba á ganar su jornal.» La mal aconsejada se ve obligada á implorar públicamente el perdón de los Bureau; pero á buen seguro las reivindicaciones genealógicas de aquella familia, apoyadas en una carta manifiestamente falsa, no tienen mayor fundamento que el que tendrán más adelante las pretensiones del gran Colbert.

Algunos de aquellos consejeros hacen pensar también en Colbert por la potencia de su trabajo y por su celo realista. Juan Bureau, uno de los más notables, fué tesorero de Francia, contador de hacienda, preboste de los mercaderes, reformador de la justicia en Guina y alcalde de Burdeos; además mandó plazas fuertes y con su hermano Gaspar organizó la artillería real. Los consejeros plebeyos eran los que en las deliberaciones se mostraban defensores los más atrevidos de la prerrogativa monárquica, como lo demuestran las actas de las sesiones del Consejo, de las cuales se han conservado las correspondientes á un trimestre del año 1455. A aquellos legistas parecíanle monstruosos la independencia del alto feudalismo: uno de ellos, Francisco Hallé, decía: «No es posible tener en la monarquía par y compañero.» En Francia y en el extranjero se conocían los servicios prestados al rey por aquellas gentes insignificantes; habiendo el consejero Cousinot sido hecho prisionero por los ingleses y habiéndose fijado su rescate en 20.000 escudos, Carlos VII estableció un impuesto especial para pagarlo.

Jacobo Cœur es el más célebre de los consejeros burgueses de Carlos VII. Ya hemos visto que por sus riquezas y por su inteligente fausto, ese comerciante en nada cedía á los grandes señores (2). Gozaba además de una elevada posición oficial: hacia 1440 fué nombrado platero del rey, cargo que le valió el ennoblecimiento y el acceso á los empleos más considerables; desde 1442 tuvo el título de consejero del rey, desempeñó en muchas ocasiones misiones diplomáticas de gran importancia, y figuró entre los comisarios enviados á las provincias para presidir los Estados ó reformar los abusos; á partir de 1448 asistió regularmente á las sesiones del Consejo y tomó sin ninguna duda una parte activa en la reorganización de la hacienda real. Durante la campaña de Normandía prestó al rey 40.000 escudos, y cuando los franceses entraron en Ruán vióse á Dunois, Brezé y Jacobo Cœur cabalgar uno al lado de otro, vestidos con trajes parecidos, regalados por Carlos VII.

(2) El papel comercial de Jacobo Cœur ha sido expuesto anteriormente en las págs. 682 y siguientes.

Aquella prodigiosa fortuna no había podido acumularse sin que Jacobo Cœur tocara muchas veces en los linderos de la probidad y aplastase á gran número de débiles. Jacobo Cœur, que en esto se parecía á la mayoría de los hombres de su tiempo, no tuvo nunca, según parece, la conciencia muy escrupulosa. Antes de su primer viaje á Oriente había desempeñado el oficio de monedero y se había encontrado complicado en un asunto bastante sucio; más tarde hizo fabricar en Rodas, á fin de pagar á sus acreedores de Alejandría, de 25 á 30.000 ducados de mala ley, y aun se sirvió de la misma Fábrica de Moneda de Montpellier para fundir lingotes dudosos. Los intereses de la cristiandad y los sentimientos de humanidad pesaban muy poco en el ánimo de aquel hombre de negocios: en efecto, está probado que vendió armas á los musulmanes, lo cual constituía un crimen á los ojos de la gente de la Edad media; y cierto día, por temor de perder el favor del soldán de Egipto, entregó á un esclavo cristiano que se había refugiado en una de sus galeras. Finalmente, Jacobo Cœur se aprovechó de todos los cargos oficiales de que estaba investido para llenar su bolsa. Como visitador general de las gabelas en Langüedoc, cometió defraudaciones, y como consejero del rey, traficó con su crédito en favor de particulares, de ciudades y de provincias, sucediendo, por ejemplo, que la ciudad de Montpellier le pasó una pensión anual de 250 escudos, á fin de obtener por su mediación exenciones de impuestos. En caso necesario amenazaba y castigaba; así en cierta ocasión los tolosanos hubieron de hacerle un presente de 5.000 libras para no verse despojados de ciertos privilegios.

El poder de Jacobo Cœur sólo duró unos diez años. Tenía muchos detractores y envidiosos, y Juan Jouvencel de los Ursinos en su *Discours sur la charge de chancelier* (*Discurso sobre el cargo de canciller*) le acusaba de vender demasiado caro y de «arruinar á mil buenos mercaderes» con sus acaparamientos, poniéndole al mismo nivel «de aquellos que roban á las gentes en un bosque.» Detestábanle sobre todo los cortesanos á quienes su lujo ofendía, y él humillaba á esa nobleza necesitada comprándole sus tierras y prestándole dinero, habiendo de este modo llegado á ser deudores suyos los señores de más elevada alcurnia y la misma reina. Instruir contra él un proceso y obtener la confiscación de sus bienes era librarse de un acreedor molesto y tal vez conseguir una parte de sus despojos. No fué cosa difícil excitar la desconfianza de Carlos VII contra su platero, el cual probablemente había intervenido secretamente en las intrigas del delfín contra su padre, y en 30 de julio de 1451 Jacobo Cœur fué reducido á prisión acusado de haber envenenado á Inés Sorel que el año anterior había muerto de parto. La señora de Mortagne, una de las deudoras de Jacobo, fué quien formuló aquella acusación.

La comisión encargada del proceso del platero compúsose de juriscónsultos de profesión, á los cuales, sin embargo, se agregaron al año siguiente dos enemigos declarados de Jacobo Cœur, Antonio de Chabannes, el antiguo jefe de los desolladores, y un italiano de costumbres equívocas, Otón Castellani, tesorero de Tolosa. Los jueces se desentendieron de la acusación de envenenamiento y se fijaron en otros cargos, condenando á Jacobo Cœur, en 29 de mayo de 1453, á las

penas de confiscación de sus bienes y destierro perpetuo, á una restitución de 100.000 escudos y á una multa de 300.000 por haber vendido armas á los infieles y haber devuelto á éstos un esclavo cristiano, por haber exportado monedas francesas á Levante y por haber «retenido muchas grandes sumas de dinero, así del rey como de sus súbditos,» durante sus misiones en Langüedoc. Jacobo Cœur debía permanecer en la cárcel hasta haber hecho completo pago de los 400.000 escudos, y todos sus bienes fueron vendidos en pública subasta (1). Muchas adjudicaciones de estos bienes fueron



Inés Sorel, según el díptico de Melún pintado por Juan Fouquet

ficticias; así, por ejemplo, Antonio de Chabannes jamás pagó al rey las tierras que le fueron adjudicadas. Los demás bienes se vendieron á bajo precio, y los «perros del palacio» se repartieron los despojos del condenado.

El proceso de Jacobo Cœur fué, en una palabra, un episodio de la lucha entre la nobleza cortesana y la poderosa burocracia que disponía realmente de todo el poder; pero la caída del platero no quebrantó el crédito de los demás consejeros de humilde cuna, los cuales á fines del reinado ocupaban una situación más sólida que nunca, y gracias á su asiduidad á las sesiones, disponían de las dos terceras partes de los votos en el Consejo. Este se reunía todos los días de la semana y á menudo hasta los domingos, y acompañaba al rey en sus cambios de residencia; todas las cuestiones de gobierno, hacienda, justicia, ejército y conducta del rey para con la Iglesia y los nobles, eran sometidas á su examen, y Enrique Baude nos dice que el rey «ordenaba tal como proponía el Consejo, sin el cual no hacía nada.» Aquel pequeño comité, en el que raras veces se reunían diez personas á la vez, fué el que reconstituyó el Estado.

(1) Jacobo Cœur se evadió y murió estando al servicio de la Santa Sede, en 25 de noviembre de 1456.